

Santayana: Ávila en Harvard

Cándido PÉREZ GÁLLEGO

George Santayana nunca dejó de ser español, pero nunca llegó a ser español. Nació en Madrid el 31 de diciembre de 1863 y dieciséis días más tarde fue bautizado en la Iglesia de San Marcos, una bella construcción de Ventura Rodríguez a muy pocos metros de la Plaza de España de la capital. Era hijo de Agustín Ruiz de Santayana y Josefina Borrás, quien en su primer matrimonio estuvo casada con George Sturgis. En julio de 1872 viaja a Boston y en 1889 entra como docente en Harvard, donde se quedará durante 23 años. Dejará esta prestigiosa universidad en 1912 y se instalará en Oxford durante un tiempo. De 1916 a 1920 viajará por Grecia, Turquía, Egipto, Palestina e Italia.

En 1920 elige Roma para vivir y pasará sus días, que serán años, en el convento de las Hermanas Azules hasta que, en 1956, morirá en Roma. Estos rasgos son básicos y todos ellos en *Persons and Places* quedan ampliados con amplitud por su autor. Resaltemos que vivió en España hasta los nueve años de edad, en Ávila tuvo una relación de cariño con Susana Sturgia que se casaría en Ávila con Celedonio Sastre, viudo con seis hijos. Nunca canceló el pasaporte español y la muerte le sobrevino a los pocos días de sufrir una caída al ir a renovarlo al Consulado español de Roma. Una vida «misteriosa», llena de situaciones que es preciso analizar. Cuando alguien le preguntó maravillado por su buena memoria él respondió con una frase espléndida, «tal vez lo que tengo es una buena imaginación». Una vida llena de incógnitas. Se pregunta qué ocurriría si la salvación fuera un producto artificioso de la razón y desde esa disyuntiva saca emociones y conclusiones. Las deudas a Lucrecio, Spinoza o Goethe le acompañan, más que ninguna mención española, más todavía pudiendo haberse apoyado en Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz por su deuda abulense. Pero desde muy joven vive una «fe animal», como él mismo la define, y se ve envuelto en una doctrina de nombre atractivo que es la construcción de los «reinos del ser», en plural y como un paisaje infinito donde las ideas dan lugar a los hechos y donde la naturaleza cuando se contempla a sí misma —y pienso ahora en Wordsworth— crea el «espíritu», una idea que Emerson vería con sumo agrado.

La vida es captar «esencias eternas», pero esta idea no es un apotegma de Herman Hesse o Rilke, sino que esta idea le lleva a su vida postrera, en un convento o mejor hospital, próximo a San Juan de Letran, en pleno centro de Roma. Un observador de esencias. Aunque él mismo nos previene que el reino de la esencia no es el reino de la verdad y en estas disyuntivas que nos hacen pensar en Husserl se está forjando un mundo donde brota un escepticismo constructivo y hasta positivo que se convierte en una actitud viva de enfrentarse con la realidad, casi como una forma de vida donde nos apoyemos en esa fuente interminable de símbolos que es la naturaleza. Pues debemos opinar con cuidado, ya que *Walden* no es un libro simbólico, y Thoreau pretendía llegar más hasta un catálogo de especies que a una teoría de las alegorías y las formas, de tal manera que hasta Northrop Frye o Harold Bloom no encontrarán mucha ayuda «simbólica» en la dulce prosa de Thoreau. Pero la religión es una «vía simbólica» con lo cual el sistema alcanza un fervor críptico casi difícil de discernir. Vivir la poesía, pues, es «igual que la religión un producto de la imaginación». Creer en lo imaginario. Desear lo imposible. No estamos ante una visión esquizoide de la vida, sino ante un manantial de ideas que hace un pensador que «toma de la mano a la naturaleza», que vive las invenciones como juegos necesarios. Todo está inscrito en aquel muchacho que en Harvard pasea abstraído con perplejidad y hasta extrañeza.

Confiesa que su filosofía surge como una «fusión de tradiciones» y esta actitud de diversos orígenes y deudas difusas añade a su pensamiento un sentido mayor de originalidad y sorpresa. Estamos ante un caso claro donde el exilio marca y se hace casi escritura concreta y sabe que su mayor goce se funda en la «expresión, la reflexión y la ironía» y en ese triángulo de fuerzas surge un lenguaje nuevo de imprevistas metas, pese a no reconocerse autoridad en ninguna materia. Este modo de forjar una admirable unidad le lleva a que «espíritu y materia son realidades independientes» y hasta saber que la «naturaleza observándose a sí misma es la base del espíritu». Pensemos que buscaba llegar a una idea espiritual de su pensamiento, entrar en un orden de preferencias sumamente complejo donde fuese así como vive la sinfonía moral de los «reinos del ser». Toda esta simbología recurrente cabalga hacia un modelo de vínculos de enorme profundidad espiritual, ya que «el mal debe ser reconocido como inevitable», y en este paradigma se puede pensar que bien y mal están en perpetua contienda en un autor que no puede escaparse de ese programa de purificación de las ideas y de creación de un orden nuevo de concurrencia de criterios positivos.

Santayana sospecha que «el poeta reconstruye la imaginación» y en ese programa derridiano estamos soslayando un proyecto de excluir la poesía de la filo-

sofía, tema que el autor no aceptaría, pese a que los ejemplos de creadores literarios no abundan en sus páginas. Cuando se enfrenta a Lucrecio, Dante y Goethe está agotando su íntima posibilidad de sentirse protegido por los textos líricos, incluso cuando publica *Soliloquios* (1922). La deuda de Bacon y Montaigne está presente en un esquema que hace del aforismo, a veces nos hacen pensar en Levinas, un plan de construcción de la esperanza creativa, y es revelador que su autobiografía se titule *Persons and places*, donde se refleja su multipresencia en los más dilatados lugares, sea en Harvard o Zaragoza y como es natural Ávila. Nuestro pensador era múltiple en su forma de entrar en su propia intimidad, y su «reino del espíritu» se reflejaba en una aureola simbólica de colocar las ideas en los lugares de una manera sutil y hasta significativa. Así es como «surgía el espíritu», como dice el pensador, de manera genial en esta confluencia de relaciones y sistemas para así esbozar un orden de enorme belleza donde las «esencias serían traductoras» de una realidad que le acompaña siempre de un modo indomable. Pero los modos son referencias y sistemas. Busca los «procesos dinámicos» con insistencia y llega a un lugar de abatimiento que recoge «la irracionalidad de la existencia».

Aquí está la huella de Royce de un modo patente y en este abatimiento se funde lo pensado en lo transcrito, aunque nunca se pretende entrar en juegos lingüísticos como haría, por ejemplo, en Wittgenstein, pues a Santayana el lenguaje en cuanto a «semántica» no le interesa, incluso lo desprecia, y los conflictos no tienen nunca una proyección sintáctica, no hay la menor huella en Habermas de nuestro pensador, pero sí una «búsqueda despiadada» del último porqué de las ideas y las razones. Ese desprecio por la «naciente» lingüística debe ser una de las claves que nos haga hacer de Santayana un autor que desdeña el sentido oracular y místico de la frase, el misterioso corazón de las palabras tal y como Heidegger ha sabido culminar de un modo fastuoso. Santayana jamás se enfrenta con el lenguaje y sus ideas están sujetas antes en las contradicciones de otra forma de un ser y la nada que parece romper con cualquier posible método «gramatical». Desprecia lo que luego hará en el MIT. Rompe con las más variadas regiones de la realidad de la escritura en cuanto a la sintaxis y busca abismos filosóficos en las palabras. Desdeña cualquier aproximación matemática a la realidad.

Oliver Alden, en *El último puritano*, quiere «hacer todo bien», y este propósito es un emblema actuativo de enorme belleza. Su praxis es la acción bien hecha, un tema que acompaña desde Ávila de la «vida como Dios en el hombre». Un enigma que Santayana le señala que el espíritu es «la naturaleza observada a

sí misma» y esa bondad moral que señalábamos se debe acercar hacia su obsesión por construir un «reino del espíritu» que tanto revolotea en su obra. Vivir como si la salvación no fuera sólo un producto de la razón y esta consigna la hace vivir en un sueño de esperanza donde «construir nuestro nido» se configura como un hermoso dato moral que nos llevaría a un cobijo necesario y válido. Pero estas ideas de enorme belleza se ven enhebradas en un pensamiento sólido y consistente que viene modificado por continuas paradojas, como si en el modo de acercarse a la realidad del autor hubiera una vertiente de escepticismo que le acompaña siempre, como si fuera siempre una doctrina de creencias positivas. Así que se habla de «valorar el mundo por las intuiciones» que lo mismo nos abra rumbos a Husserl como a Dewey, pero que nos coloca en un mundo de evidencia donde la actuación de la persona tiene un valor definitivo, y que nos recuerda aquel método que la ilustre profesora Helen Vendler usaba en sus clases de Harvard donde el análisis de un poema se convertía en los sucesivos intentos de comprenderlo que sus estudiantes le marcaban. Las sensaciones inmediatas como formas válidas de creencia. Decir que «tengo un sistema filosófico que no llegará nunca a un fin» es en sí una frase maravillosa, ya que esa falta de fin es, por supuesto, un fin y un método, como Irving Singer sostiene.

Todo esto nos lleva a pensar que el autor se cobija en su misma paradoja íntima y secreta de sus ideas. Y así entra en ideas tan bellas como la felicidad que proporciona enfrentarse con la realidad que parece como un axioma de Levinas y que se entrega como un *farmakos* para poder subsistir. Una ayuda necesaria que se nos da desde la duda y la hipótesis. De esta forma se apoya en la naturaleza como William Ellery Channing, pero en ese ejercicio busca una esencia, incluso como *Walden* de Thoreau nos exhibía con una maestría admirable. Y así diseña una «religión tradicional» donde un universo de dudas se funde en un programa de esperanzas y juegos lejanos de ayuda. En otra ocasión se nos recuerda entre «la filosofía de Alden no podía ser fraudulenta o ambigua» y esa confesión se configura en un dogma donde surgen las bases de un pensamiento cada vez más sólido.

La necesidad de inventar. La religión, ya lo hemos recordado, es en Santayana, una invención: «El catolicismo es paganismo transformado y hecho metafísica» puede ser una sentencia excesiva, pero esa misma dualidad parece recordarnos la ambigüedad de la sublime, obra romana de Hawthorne *El fauno de mármol*.

La creación de lo injusto, la validez de lo soez, estas ideas se están cimentando en un orden de quien busca en lo múltiple el encanto de lo único siguiendo

do un pacto secreto que le lleva a Spinoza. Las ideas humanas continuas son «simbólicas» y este caudal de geniales contradicciones nos abren el camino hacia esa idea que une ciencia y arte como si fueran una misma cosa, dos aspectos de un mismo paisaje. Debemos «soñar despiertos», nos repite, como si en ese juego se pudiera llegar a una verdad donde los «últimos puritanos» pudieran construir otra *Ciencia Nuova* tal y como Vick pregonaba. Un autor que nos hace jugar, nos lleva a la ambigüedad que aceptamos sin darnos cuenta y que no sabemos nunca dónde está, si en él o en nosotros. De aquí que pueda hablar de «la soledad del símbolo», que se debe entender como una posesión básica para subsistir. Y por eso cuando, en 1942, aparece *Los reinos del ser* sentimos que sea como la necesidad que Liver Alden tenga para subsistir. Y de aquí se pueda acceder a que «todo proceso de escepticismo lleva al descubrimiento de las esencias» y esa magistral idea se dirige hacia un esquema donde parece que sea una idea que nos recuerda a Stanley Cavell. «El escéptico sólo está seguro de su intuición», que es como una confesión de los límites de su propio método que llevaría a distinguir el significado del ser y del existir, que se configura como un orden donde las formas expresivas del deseo moral se van haciendo más y más patentes.

Las grandes síntesis se repiten en su obra: «la religión y la poesía son idénticas en esencia» puede ser la síntesis de un pensamiento que nunca termina en ideas monolíticas, sino que se desgaja en sucesivas subdivisiones sumamente valiosas. Así es como invita a que nuestra mente «sueñe despierta» y hasta proponer como la naturaleza es la absoluta «fuente de símbolos» y ese fervor llega incluso a su poesía, tantas veces denostada por Robert Frost, pero que le hacía suspirar en algún momento donde se confiesa con fervor: «yo buscaba en la tierra un jardín de delicias», pero poco después habla de una «huída vergonzosa» que podría romper los principios de una moral exigente donde se busque la «Madre Eterna». Pero esa figura femenina será Susana, que surge desde la infancia como un auténtico ángel de la guerra. Y este ímpetu ya se percibe en 1896, cuando en *El sentido de la belleza* crea un auténtico punto de partida. Vivir en un «dinamismo y tránsito». Moverse en la más amarga evidencia de una soledad radical: todos estos hechos señalan aquellas síntesis que su obra busca, siempre apoyándose lo mismo en Spinoza como en William James, la fusión de las contradicciones que crea una gozosa forma de realidad. Pero la verdad es ambigua, la vida está vacía y ese mismo latido de escepticismo se debe acercar a momentos de Royce donde se pone de relieve la evidencia patética del sinsentido del vivir.

Vivir en una continua paradoja. La mente se hace voluntad de vivir. Recordar que la ironía es una forma valiosa de conocimiento. Estas ideas se van abriendo

hacia un mundo reverencial a la tradición, pero de un cierto desprecio a las ideas intocables de Harvard que el pensador acepta de un modo muy relativo. Busca con insistencia los límites de los «ámbitos del pensamiento» que se orienta hacia «lo existente sometido a lo contingente», y este sistema de consistencias se dirige hacia un modelo real donde se puede establecer un teorema que sea: «la destrucción de la permanencia es la verdadera contingencia moral», y de este modo se puede diseñar una teoría del comportamiento donde «la vida y la pasión son la verdadera base de la razón», y en ese juego de verdades problematizadas se crea un modelo de una fuerza admirable donde el hombre vive apartado, en la «soledad de los símbolos», como si el tema del aislamiento sea en Santayana un dato repetido y reincidente. Y esa repetición de las esencias procede de lejanos vestigios y cuando en 1926 aparece *Diálogos en el limbo* se están incluyendo ideas que procedían de la experiencia de 1910, cuando se enfrenta con Lucrecio, Dante y Goethe, como si se pudiera pensar que hay una sensación de totalidad consistente en su obra, pero todo será siempre un «sentido de la belleza», como si estuviéramos haciendo reiteraciones sobre un mismo tema. Todo son «reinos del ser» y nos acerca a momentos de Emerson con insistencia y nos abre esa imagen de la naturaleza como lugar cómplice que hasta Nietzsche lo va a acercar a su ideario y el espíritu es «una acción planificada» que se va orientando hacia una paradoja donde concluyen la idea de la ironía como paradoja. Un mundo que a cada paso se está haciendo en momentos de *Siddharta* de Herman Hesse que se abre como una aureola fascinante de situaciones que se orientan hacia Dios. Pues «Dios es una sustancia», nos dice en alguna ocasión. Ernest Nagel advierte que lo que de verdad tiene el autor es la capacidad de situar el verdadero lugar del hombre en la naturaleza.

Wallace Stevens y T.S. Elliot no aceptaron la relación entre religión y arte que proponía Santayana y evitaron caer en esos esquemas «espiritualistas» que hasta parecían tener ecos de Whitman. Pero en el escepticismo al que acompañaba *Persons and places* se debe entender la obra del pensador como una confesión de su doctrina íntima y secreta, pues la vida es la razón y desde que publica en 1896 *The Sense of Beauty* se está forjando un deseo por alcanzar la eternidad moral de las palabras. «La belleza es placer en relación con la cualidad de una cosa» puede ser otra de sus consignas que se abren con esplendor hacia zonas donde surge la existencia humana, como muy bien ha analizado Herman J. Saatkamp. Existe, pues, una correlación entre los objetos y la imaginación, se exalta hasta dominar estas ideas de afinidades condicionadas. Y ese tesón es el mismo que ostenta Oliver Arden en *The last puritan*, cuando hace de la razón una forma de armonía. Incluso al hacer de toda sensación una búsqueda de perfec-

ción. Abandonar la poesía por la filosofía con los inconvenientes que tal artificio plantea. «La fortuna no someterá jamás a quienes reniegan de las fuerzas vivas de la naturaleza», lo podía haber escrito Channing, pero, sin embargo, en este pensador madrileño se extrema el temor de que un romanticismo nacido en Wordsworth pueda dejarle sometido al crudo embate de la ideas de Hegel.

Busca de modo reiterado el «mundo de la esencia» y desde ese propósito llega a pensar que el «centro de la negación de todo centro privilegiado». Estos juegos de ideas de enorme belleza conducen hacia esa idea de que «toda forma de conocimiento se parece a la poesía», con lo que nos acercamos a un nivel de necesidad lírica de importancia evidente donde «la ciencia es el acompañamiento del arte». Y aquí es donde la figura de Jesús le coloca en una necesidad poética que llega a conducir a una peligrosa ambigüedad. La mente es voluntad. La palabra es la acción inmediata para modificar el mundo. Para ello no olvidar que «la imaginación unifica la humanidad» y este manantial de ideas, de una enorme eficacia y belleza, se van engarzando en una pauta básica donde la religiosidad es patente como cuando afirma que en Cristo está patente el espíritu natural y todo este fluir de ideas son de una consistencia admirable y se funden en un esfuerzo absoluto por llegar a constituir un sistema filosófico donde poder alzarse las relaciones del hombre con su destino. Hay una continua «vibración magnética de la verdad» que se va orientando hacia un esquema de relaciones sabiamente vinculadas y que no podemos soslayar. Santayana sabe perfectamente hasta dónde puede llegar ese deseo de alcanzar los lindes del «reino del espíritu» que aleja de la literatura porque muy bien pudo haber estado próxima lo mismo a Shakespeare como a Keats o Rilke, pero en Santayana hay un cierto y extraño pudor e implora poco el auxilio de la belleza poética de la historia del pensamiento. De esa forma, el sentido de la belleza se convierte en un modelo dinámico de relaciones del ser y el destino, como si buscara dar ideas a Heidegger por otros inesperados senderos. Un autor enigmático que hace de la vida un continuo vaivén poético de enorme belleza y profundidad, pues la verdad es el camino para buscar «nuevas posibilidades», nos repite en más de una ocasión.

La simetría, dice en *The Sense of Beauty*, responde a la unidad de nuestra percepción y esta idea que luego desarrollará Nelson Goodman implica una necesidad de consistencia total, pues la vida, se nos insiste, es belleza y desde este esquema unitivo, y hasta holístico, el pensador se acerca a la idea de que el poder del arte es cambiar la vida. En otra ocasión —y casi parece recordar Walden— confiesa que estamos en un «helpless state of mind», incluso en un «aesthetic incapacity». Tenemos la sensación de que se está buscando un sentido unitario y

esta idea lleva al ataque sutil y malicioso que hace de Whitman como «sensation without underlying skulture». Un orden que surge como zarpazos en el pensamiento que trata de entrar en un entramado lírico lleno de ecos sutiles y numerosas intuiciones que producen una cierta perplejidad. El arte es un «reino independiente» que le lleva a confesar «I have no faith in a blind cosmic feeling of peace». Sigue la temerosa simetría, y ahora pensamos en N. Frye, y buscamos al leerlo una extraña y cálida forma de felicidad que nos trasmite con un dulce, y agrio a la vez, candor lírico. Ese es el modo de entrar en nuestra vida de este «último puritano» que sólo busca ser un «estudiante vagabundo» que se mueva como un personaje de Shelley asustado por la cálida paz de las ideas rencorosas.

Busca tener «la gloriosa libertad del alma en el cielo». Ese ímpetu hacia la huida tras un sueño de infinitud está patente en su tendencia a las paradojas «it is not wisdom to be only wise» que lleva a una confesión que podría ser de Whittier. Le interesa mucho divagar sobre «knowledge» «mystery» «divine» como si buscara un sentido hegeliano de la vida donde el pensar sobre sí mismo sea una salvación de tipo emerconiano. Estas misteriosas situaciones mentales se encuentran dispersas a lo largo de toda su obra, pero en *The Sense of Beauty* (1806) se convierte en un *fasmakos* en el sentido derridiano. Su deuda con William James y Josiach Royce es obvia y se mueve en un continuo escepticismo entre los distintos modos de la actuación cotidiana. Por eso Platón es un gran apoyo —lo ha analizado con enorme talento el profesor M.I.T. Irving Singer— y desde esta herencia se pueden establecer unos códigos donde la idea de un grupo no puede eludirse y otros pensadores de Harvard serán su apoyo y nos estamos refiriendo a Joseph Trumbull Stickney, William Vaughan Moody, George Cabot Lodge y forjan un apoyo continuo para un pensador que se nota exiliado de sus propias ideas íntimas y contradictorias que le atrapan como si fuera una compañía obsesiva de sonidos profundos del pasado. Insiste en que «toda apariencia es vanidad», que parece como un aforismo necesario para entender a Shakespeare y hasta formular un proyecto donde «las formas de las cosas son más nobles que su sustancia y más dignas de estudio», que nos remite a imágenes de Aristóteles donde la dualidad apariencia y realidad se reúnen en un juego necesario de recurrencias, pues sus ideas se pueden fundir en aquella bella frase «Dios sólo existe para los que los necesitan». Un mundo de abismos fascinantes donde el ritmo lírico está implícito en una teoría admirable de loas, percepciones inmediatas y un fervor sutil por hacer de las creencias unas formas inmediatas de religiosidad. Momentos de Descartes y Spinoza se entremezclan en una sinfonía donde el resultado es la sospecha de que el grito de la razón lleva una claridad divina. Se forma un mundo propio lleno de convergencias efectivas: «Dios es un poder que

es un espíritu y un espíritu que es un poder» y este juego de ideas que se entrecruzan nos conduce hacia «la verdad no es sino el carácter complejo del universo visto bajo la forma de eternidad», una afirmación que lo mismo nos acompaña a Wordsworth como a Emerson y esa invocación continua a la infinitud. Hay uno de los emblemas que se mueve en el pensamiento de Santayana: «Cristo al ser Dios refleja toda la gloria de Dios» nos va abriendo paso a un pensamiento donde los aforismos son uno de sus apoyos más sólidos. La búsqueda de la verdad se convierte en un mecanismo del pensar. «La verdad es siempre ambigua, contingente, libre: extensión hacia la posibilidad», y en este juego atractivo de ideas se encuentra un secreto de rigor admirable. Estamos, qué duda cabe, ante una «lección moral de la verdad» y nuestro pensador la mueve con elegancia y rigor poético consiguiendo una belleza muchas veces admirable. Un mundo que está muy lejos de la novela, que incluso huye de los grandes escritores de su época, pese a que él mismo, desde su actitud de «último puritano», intente entrar en el fascinante ámbito de la posibilidad de un pensamiento como narratividad, en el sentido de Bourdieu para, así, componer un juego de asonancias táctiles que lleva a una infinitud interior donde observamos los marcos que acompañan a la nada. La verdad, dice en otra ocasión, «descubre la irracionalidad «que nos acompaña en la vida y que lo mismo hemos visto en Goethe como en Gide o Thomas Mann. Es, pues, un auténtico «inmoralista» que desde el error diseña las formas expresivas de la realidad más estricta, más bostoniano. Le encanta «la especulación en el reino de la esencia» y se mueve con un latido milagroso donde la vida es una forma de verdad, es la compasión trágica de no poder llegar a esa identidad que ya Husserl pregonaba donde la intuición de lo verdadero puede ser ya imagen nítida de lo cierto. Este es un inkincado «camino de perfección» que le ahoga pero le da capacidad de subsistir. Ávila y Harvard, y hasta Roma, se funden en una sinfonía de necesidades y esencias que pensadores actuales como Nozico o Cavell todavía reconocen como una doctrina necesaria y que lleva a Irving Singer a escribir páginas admirables sobre el gran escritor madrileño. Un autor prodigioso y hasta milagroso, porque no sabemos dónde está cuando hace esas aseveraciones admirables y subyugantes, incluso «divinas paradojas».

Pensemos que «el hombre es kánsito» y esa afirmación tan literaria se ciñe hacia un punto donde el espíritu «orienta el flujo» de la realidad y esa visión acerca a un punto donde el valor individual se alza como una fortaleza donde no sucumbir, como si Santayan estuviera relejendo *Walden* con una mirada de esperanza, incluso ideas de Whikman, para demostrar que esa lucha con los ideales es un ejemplo del sufrimiento moral. «La verdad es abrirse en un mundo de posibilidades» es otra de sus máximas que nos acerca a las ideas de reconciliación

del ser con sus actos que parece de una empresa más del pensador. Y esas ideas se alejan de una deuda con la simbología de la realidad y está escondida en una serie de hallazgos de enorme belleza expresiva y que son como un apoyo para subsistir. Como imposibilidad y saber que el trecho entre el deseo y los actos muchas veces es una amarga empresa llena de dificultades y no es en absoluto un «camino de perfección», sino un arduo buscar salidas mentales a tantos problemas planteados y que deben resolverse como si fueran un axioma moral de William James que Herman J. Saarkamp ha estudiado de modo magistral.

Debajo de *La vida de la razón* se esconden los preámbulos necesarios para acudir a *Los reinos del ser* como si entre ambos monumentos del saber hubiera una relación secreta e inmensa. Santayana repite que «no hay espíritu que no esté encarnado» y esa opinión de alta derivación mística se abre hacia un «reino puro» dominado por las esencias.

Tenemos la sensación de estar en un poema de Wallace Steve más que de T.S. Eliot o Ezra Pound y hasta de haber enhado en un mundo donde los «últimos puritanos» no han podido desaparecer por completo y han dejado la huella de su sabiduría en el Boston del presente. Este es el secreto del «sentido de la belleza» que nos acompaña y que parece surgido de líneas de Kyats y que se dirige a un mundo donde la creación moral es la única función positiva, tal y como Irving Singer ha expresado en sus importantes estudios sobre el pensador madrileño. Y esta idea le acerca a la imagen del limbo como encuentro con la propia inconsistencia creativa así como hace del eje Lucrecia-Dante-Goethe la clave de un pensamiento que no debe acabarse por más que la mentira busque un nuevo ámbito «positivo» en la vida. Cuando este pensador fallece, todo Harvard lamenta esta pérdida y hasta se puede decir que estamos ante la apertura de otro mundo de creencias, más laicas y hasta hegelianas que se van a instaurar en «Emerson Hall» y que forjarán una nueva manera de conquistar la verdad. Hasta ideas tales como «conciencia desventurada» parecen marcar el ritmo de una nueva época que marca el embate del pensamiento contra la propia sabiduría en un mundo donde, siguiendo a Descartes, «toda actividad radica en la búsqueda de la verdad», y esta idea de una praxis mística llevaría a un ámbito donde lo mismo estaban Gabriel Marcel como Herman Hesse y en el que confluían momentos de Schopenhaver y hasta de Nietzsche. Unas ideas que marcan una época en que se va forjando y que parecen abrir el camino de la «Divinity School» lugar maravilloso situado simbólicamente fuera del recinto «sagrado» del yard. Estamos ante un orden moral nuevo que hace del viaje Oliver en *El último puritano* una atrevida aventura hacia la realización moral, como si fueran los lejanos peldaños de Emerson y hasta si tuvié-

ramos que advertir que «la conducta de la vida» está cimentada en un panteísmo donde el «oversoul» sigue siendo el emblema de la salvación. Seguimos en esta extraña creación de un romanticismo tardío donde Emerson parece guiarnos en ideas como «apenas degeneramos, nos volvemos extraños en la naturaleza en tanto que nos enajenamos de Dios». Un lenguaje que lo mismo Emerson como Santayana podían compartir en una lucha diaria por subsistir, por ser «héroes» en el sentido de Carlyle y así hacer de nuestro Walden un mundo donde la lucha por la perfección sea como una aureola que indica que los actos emprendidos tienen una dimensión moral positiva. Nada que ver con Nozick, ni tampoco con Rawls, ni mucho menos con Cavell. Estamos en un mundo donde la *deserción/disección* que la falsedad impone debe olvidarse y crearse un orden donde un cierto senequismo abra el camino de un escepticismo positivo. Esta es la fabulación que esconde Santayana y que hace de sus ideas un apoyo para dar a Harvard una solución hacia la creatividad de la mente. Un filósofo que es cada vez más recordado y que diseña una manera «trascendentalista» de vivir en el presente, haciendo de la «fuga a Europa» —y pienso ahora en Henry James— una esclavitud que tenemos que afrontar y aceptar. Sus frases son admirables: «todos nosotros sentimos la necesidad de tener razón en lo que decimos», que es como un auténtico paradigma de su confianza moral, apoyándose en la belleza y alejándose del «labyrintho del mal». Vivir en una «realidad mítica» y saberse en un lugar donde la ruptura con la tradición es a veces necesaria. Al hablar de Whitham lo ve inocente y hasta lo descubre como forjado de situaciones «caóticas», y ese dilema entre las ideas y la herencia para así buscar un método para renovar las ideas clásicas. Y esta paradoja la matiza el hablar de «los reinos del ser» o «ámbitos del ser» donde se diseña un confín de protección moral que se orienta sobre la necesidad de crear un confín necesario y secreto. Y así se debe fundir en la antes mencionada «necesidad interna» que se confirma como una sinfonía de posesión moral de los últimos motivos para vivir.

El recuerdo del pensador madrileño George Santayana es como un recuerdo continuo en esta universidad. Oliver Alden, el protagonista de *El último puritano* (1936), confiesa que «la tragedia del espíritu que no se contenta ya con comprender, sino que quiere gobernar» y la verdad que surge como ansia de superación en un «reino de la razón» donde el pensamiento es la última esperanza. Un nuevo Stephen Dedalus que deambula por sus ideas. Su muerte en Roma en 1952 es una prueba de cómo en un autor que, desde *El sentido crítico de la belleza* (1896), donde se va abriendo el camino de «aceptando la muerte podemos identificar dramáticamente con el espíritu», esta inmanencia se dirige hacia esta máxima kantiana de que «el reino de la esencia es infinito». Estas ideas es-

bozan un paisaje que sólo en Harvard puede tener su evidencia moral. Y esa genial frase, «vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático», le acompaña como un emblema de su actitud materialista. Desde su nacimiento en 1863 su vida es una sucesión de etapas donde su afán por estas enseñanzas secretas de la literatura se suceden. Vive una «fe animal» y se enfrenta a la realidad de un modo brutal e inmediato, y se comporta, lo ha repetido Irving Singer, como un «católico ateo», un hombre sin fe pero que vive y siente todos los rituales de la eternidad y que hasta hace del catolicismo una mitología. Vive una actitud agnóstica en el terreno religioso, pero sus ideas están impregnadas de una enorme espiritualidad y, así, siguiendo pautas de Hegel y William James, se va integrando en un horizonte donde al elegir Roma como lugar de jubilación es como una necesidad de vivir cerca del foro de esa ciudad, como él mismo repetía.

Desde los nueve años vivió en Boston y su final en Roma en 1952 indica una actitud como de personaje en Henry James. Vive con intensidad este exilio necesario y sabe que la poesía es una categoría del ser que nunca podrá abandonarle, y se anima al pensar que «religión was poekey intervening in life», con lo que toda su obra será una especie de fantasía moral sobre este tema de la espiritualidad en la vida. Se imagina en un rumbo sediento de eternidad: «el conocimiento es el fin de todo esfuerzo, la justificación y la satisfacción de todo desarrollo. La inteligencia es la clarificación del amor». Este es su mundo, esa sucesión de máximas y consejos que componen una bella sinfonía de paz. Esta sensación de plenitud y equilibrio se convierte en el mayor fulgor de la vida de este pensador que añora Ávila como un eterno sueño de lealtad al «reino de la vida».